

CHINA



UN NUEVO SALTO ADELANTE

Por **EDGARD SNOW**

EDGARD SNOW.— Ya conocido por nuestros lectores —en España ha circulado profusamente su libro sobre China (Fondo de Cultura Económica)—, puesto que hemos publicado anteriormente otros trabajos suyos, Edgard Snow, periodista y escritor norteamericano, es uno de los pocos autores occidentales que conocen a fondo la difícil problemática de Pekín. Hoy les ofrecemos su visión personal de la situación actual.

¿Cuál va a ser la política interior y exterior de China después del IX Congreso del Partido Comunista?

¿Lanzará Mao un nuevo gran salto adelante y se propondrá nuevos objetivos comunistas? O bien, ahora que los principales «revisionistas» se encuentran en un callejón sin salida, ¿utilizará algunos de sus medios pragmáticos para restaurar la estabilidad y, al mismo tiempo, consolidar y unificar sus nuevas bases de poder? ¿Seguirá China con su postura inflexible hacia los «bárbaros» del extranjero? ¿O tratará de dividir a sus enemigos ofreciendo condiciones negociables para una coexistencia pacífica con el fin de recuperar el terreno perdido en las maniobras diplomáticas y la expansión comercial desde 1965? ¿O dejará Mao que sean los otros los que resuelvan todas estas cuestiones ahora que la nueva constitución establece a Lin Piao como su sucesor y entroniza el pensamiento de Mao Tse-tung como ideología permanente del Partido?

Siempre se puede especular, pero es demasiado pronto todavía para contestar estas preguntas con cierto grado de certeza, si se exceptúa la última. Durante una larga entrevista que sostuve con Mao Tse-tung, y que fue publicada en 1965, el presidente me dijo dos veces que llevaba ya tiempo esperando a la muerte; ésta se había llevado a muchos camaradas, pero no parecía quererle a él todavía. ¿Estaba a punto de retirarse o lo dijo simplemente para despertar a sus enemigos? Poco después desapareció. No se presentó a ninguna entrevista ni apareció en público. Su reaparición tuvo lugar en la primavera de 1966 y la gente le vio nadando en el río Yang-Tse.

Evidentemente, Mao había llegado a la conclusión de que tenía que librar una gran batalla más —la más



"Mientras yo viva, la China no recurrirá a la fuerza para resolver sus diferencias con EE. UU.", declaraba e

sudaz y sorprendente de toda su vida—. Su renacimiento en las aguas del Yang-Tse señaló el comienzo de una gran purga bautizada con el nombre de la Gran Revolución Cultural Proletaria. Mientras conserve su capacidad intelectual y física, es muy poco probable que el Gran Timonel entregue el timón a otra persona.

Hacia mediados de abril de 1969, Mao había dado al traste con la vieja mayoría del Partido y la había sustituido por una nueva coalición de fuerzas destinadas a mantener su autoridad absoluta. En el Noveno Congreso del Partido Comunista Chino, celebrado en Pekín, mil quinientos doce nuevos delegados anulaban unánimemente la antigua constitución del Partido y adoptaron, en su lugar, otra atribuida al propio Mao. De las ciento setenta y seis personas llamadas al presidium del Congreso —que pronto constituirá el núcleo del nuevo Comité Central— menos de la cuarta parte (42) figuraban en el antiguo Congreso. Es decir, que más de las tres cuartas partes de los veteranos miembros del Partido fueron desposeídos de sus altos cargos. Entre las delegaciones de los comités revolucionarios provinciales y regionales —que habían completado la purga—, todas, excepto dos, estaban presididas en el Congreso por hombres relacionados con las fuerzas armadas; el 35 por ciento de los delegados eran militares. Y el nuevo Congreso Chino, compuesto por doscientos setenta y nueve miembros elegidos por el Noveno Congreso, incluye a más de cien militares. Evidentemente, la larga serie de luchas antirrevisionistas sirvió para desplazar casi las tres cuartas partes de los antiguos mandos, que ocupaban posiciones centrales o locales antes de que Mao «bombardara el cuartel general» de su ex presunto heredero, Liu Chao-Chi, jefe de estado constitucional.

Por consiguiente, se ha producido una toma del poder revolucionaria. Las antiguas burocracias del Partido y el Estado, encabezadas por Liu Chao-Chi, Teng Hsiao-p'ing y otros miembros purgados del Politburó, han sido disueltas. El «cuartel general» de Mao se refería continuamente a los revisionistas como un «puñado» en el poder que seguían la senda capitalista, pero el «puñado» se convirtió en cientos de miles.

La revolución de los cuadros

Cuadros más jóvenes a todos los niveles —agresivos, ambiciosos, posiblemente más idealistas y ciertamente menos privilegiados— han desbancado a otros dirigentes más viejos acusados de asociación con el aparato de control de Liu Chao-Chi. Un veterano sistema burocrático —con una mayoría en el Comité Central de un Partido constituido por sólo una minoría del pueblo— fue eliminado mediante una revuelta dirigida por el jefe del Partido. Y los supervivientes y los nuevos miembros están abriendo paso hacia una nueva estructura de poder, encargados por la constitución del Partido de garantizar una «revolución ininterrumpida».

Estos son los hechos concretos. Muchos observadores extranjeros han declarado últimamente que Mao ha destrozado al Partido. ¿Es verdad? Posiblemente. Al viejo sistema le han asestado un golpe mortal; lo que ahora existe es un Partido

Comunista Chino-Marxista o un Partido Comunista Maoísta Revolucionario. La nueva constitución corta todo lazo de unión con los partidos de molde soviético, cargando el acento sobre la pureza ideológica. De ser correctas las versiones publicadas hasta la fecha, Mao se ha limitado a dar un programa general y bastante vago; los detalles vendrán después.

Es verdad que Mao se ha buscado nuevos enemigos, pero quizá no tantos como su esposa, Chiang Ching. Con su astucia habitual, Mao no pronunció ninguna arenga pública y no citó nombres, dejando que fuesen Chiang Ching y otros los que asumieran la responsabilidad de identificar a los «demonios y los monstruos».

Comunicación directa con el pueblo

Hay demasiadas innovaciones en el nuevo programa como para dar la lista completa aquí. En pocas palabras, la constitución maoísta concede la máxima autoridad al jefe del Partido y un pequeño grupo dirigente para que «produzca» (no que elija) cualesquiera órganos administrativos y políticos sean necesarios para gobernar.

El objetivo es mantener una «línea de masa» de comunicaciones directamente con el pueblo, sin las

Fuerzas Armadas como para dominar los factores internos de desunión. Hasta que haya suficientes pruebas que demuestren lo contrario, podemos suponer que Mao conserva su «mandato celeste».

Es muy dudoso que Mao vuelva a ocupar la presidencia del gobierno al mismo tiempo que la del Partido. Lógicamente, el Congreso Nacional tendría que reunirse en breve plazo para expulsar a su presidente titular, pero normalmente sería convocado por el Comité Permanente, que sigue presidiendo Liu Chao-Chi. Incidentalmente sigue siendo el comandante en jefe de las Fuerzas Armadas y puede expulsar o contratar, a voluntad, al ministro de defensa, Lin Piao, así como al primer ministro, Chu En-Lai. A menos que esté físicamente incapacitado, o que dimita —y no ha habido ninguna declaración oficial en ninguno de los dos sentidos—, sólo Liu puede convocar una reunión para elegir un nuevo Congreso y reformar la constitución de la República.

La lógica "occidental"

Tal reunión sería preceptiva y tendría como objeto resolver las precedentes paradojas así como eliminar muchos de los estatutos de la constitución de la República China calcados de la constitución «mo-



Hasta hace pocos meses, Liu Chao-Chi (izquierda) pudo resistir a las presiones de los guardias rojos. Destituído, Chu En-Lai (derecha) es, junto a Lin Piao, nombrado extraoficialmente sucesor de Mao, uno de los personajes clave de la Revolución China.

trabas de un poder burocrático legalmente constituido.

Muchos observadores extranjeros han predicho que Mao no podrá estabilizar ningún gobierno sobre semejante base. ¿Qué hay de verdad en ello? La historia china nos enseña que en ese país ningún régimen se ha desplomado (nos referimos tanto a la era imperial como a la republicana) hasta: 1) perder el «mandato del cielo»; 2) terminar el «ciclo dinástico»; sufrir una corrupción imposible de enmendar; y 3) verse afectado por una serie de contradicciones internas resultantes en una crisis de desunión complicada, además, por rebeliones armadas o invasiones desde el exterior. Por bizarras que puedan parecer a distancia las anomalías del culto de Mao, creo que Mao es adorado por la mayor parte de los campesinos chinos y que ha ganado a los jóvenes para su causa; que la Revolución Cultural ha sido, para la gente, necesaria, con el fin de impedir la formación de una élite sobornable (revisionista); y que Mao cuenta con suficiente apoyo dentro de las

delo» soviética. Naturalmente que esta lógica es sólo lógica «occidental». De la recóndita lógica que determina las necesidades políticas actuales y futuras en China sabemos muy poco.

Es aleccionador observar que, mientras que en la Rusia de Stalin tales contradicciones habrían sido resueltas rápidamente mediante la liquidación física del camarada obstinado, nada de eso ha ocurrido en el caso de Liu Chao-Chi.

Además, a pesar de tres años de purga, Liu Chao-Chi sólo fue expulsado del Partido por el Comité Central de Mao en su comunicado de octubre de 1968. En cuanto al resto de los revisionistas principales aún cabe cierta esperanza de rehabilitación incluso en el caso de Peng Teh-huai y de Teng Hsiao-ping. Este aspecto de la revolución maoísta sugiere que, como en las rectificaciones pasadas, toda tensión es seguida de esfuerzos conciliatorios. El slogan «lucha, crítica, transformación» nació en los últimos días de la Revolución Cultural.

Con la elección de un nuevo Co-

mité Central, a cargo del IX Congreso, se completó la fase de «transformación» de esa campaña. En adelante se tratará de encontrar una síntesis entre tendencias derechistas e izquierdistas para restablecer la unidad según el slogan: «Revolución y aumento de la producción».

En torno a Mao

Sea cual fuere su génesis, los nuevos órganos del gobierno chino apoyarán el culto a Mao como una fe unificadora. No les queda otra cosa. Después de que el Partido soviético repudiase los íconos estalinistas, los chinos no podían seguir invocando la autoridad de la infalibilidad de Moscú. Aun cuando a Liu Chao-Chi no le quedaba otra alternativa que cooperar en la deificación de Mao como personificación de la creatividad revolucionaria, independencia y autoestima nacional. Ahora, como en otros momentos de su historia, China pone su sello original en una cultura importada. No es accidental que el patriarcal Mao, a quien se representa como el Sol Rojo, aparezca en la Celestial Puerta de la Paz durante tantos siglos presidida por el imperial Hijo del Cielo. La política doméstica china seguirá insistiendo en las soluciones maoístas a las principales contradicciones debidas a la modernización por medios revolucionarios. Sigue habiendo una serie de contradicciones internas: entre el poder patriarcal del Estado, la dictadura y la responsabilidad individual; entre la sociedad urbana y la rural (economía obrera, versus economía campesina) y entre los trabajadores manuales e intelectuales. Bajo todas estas contradicciones está la antítesis entre teoría y práctica —que la propaganda intenta resolver mediante el slogan de Mao «la política dominará los problemas técnico-económicos de transformación social».

El objetivo a largo plazo es, claro está, borrar la diferencia entre la ciudad y el campo, crear un hombre socialista superior a partir de pobres campesinos y proletarios, superar los enormes defectos de la sociedad burguesa e impedir el resurgimiento de una nueva élite en el poder que podría hundir otra vez a China en los vicios de la burguesía.

Modernización de la industria

En la planificación económica general, la agricultura sigue siendo básica, mientras que la industria es el principal factor de modernización. En la industria: mercado estatal antes que prioridades para el consumidor; autoconfianza con importaciones selectivas; dirección a cargo de la clase trabajadora y el ejército, animados por incentivos materiales y exhortatorios. En la agricultura: dirección comunal equilibrada entre autofinanciación, guía central, con programas de asistencia cada vez más importantes y una serie de incentivos materiales (pequeños trozos de terreno en propiedad privada, cerdos, etcétera) mientras se completan los preparativos ideológicos y técnicos para el Gran Salto Adelante. En educación: cursos universitarios y medios más cortos; media jornada de trabajo; tareas escolares de media jornada de duración; autosuficiencia bajo la dirección de la comuna, el ejército y los comités obreros, coordinados

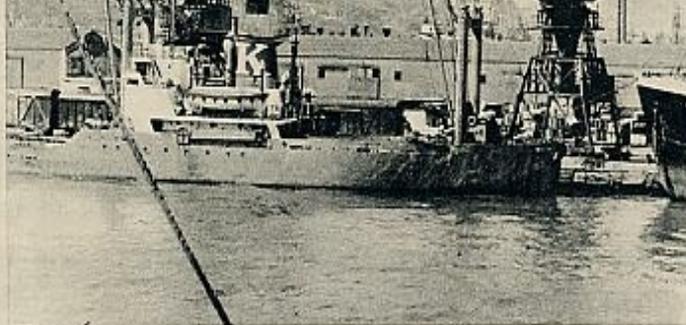
con programas de dirección centralizada para la formación de especialistas técnico-científicos. En general: algún trabajo físico para todos los intelectuales; prioridad a la modernización del campo sobre las necesidades urbanas; integración de la juventud educada para la vida rural, traslado de elementos avanzados a regiones retrasadas y fronteras, etcétera.

Obviamente, Mao confiará, sobre todo, en el ejército para la realización de los citados programas y para impedir la formación de élites burocráticas. Desde 1935, Mao no ha renunciado a su influencia en el ejército —influencia debida a la presencia del comité de asuntos militares del Partido— y otra vez ha echado mano del ejército para reafirmar su autoridad política. Durante la purga, Lin Piao suspendió a muchos oficiales veteranos y los sustituyó por otros más jóvenes. En mil novecientos cuarenta y nueve, Mao declaró: «El ejército es una escuela. Nuestros ejércitos terrestres, compuestos por dos millones cien mil hombres, equivalen a varios miles de universidades y escuelas secundarias. Dependemos del ejército para nuestros cuadros dirigentes». Con la desintegración del viejo sistema de suministro de dichos cuadros —las escuelas de adiestramiento de Liu Chao-Chi, la Liga de Jóvenes Comunistas, el sistema educativo sindicalista—, el ejército reaparece como la principal escuela preparatoria purificada para futuros cuadros. Bajo Lin Piao —«el mejor alumno de Mao Tse-tung»— el Ejército de Liberación Popular desarrollará el estilo Yenan de entrenamiento militar y político: igualitarismo, dominio de las técnicas e ideales de la guerra popular, servicio versátil al pueblo combinado con adoctrinamiento maoísta.

El ejército, semilla proletaria

Desde luego, el ejército —en el que Mao ve la semilla de la auténtica dirección proletaria para las generaciones más jóvenes— sólo puede aportar cierto porcentaje de los cuadros dirigentes que necesita el país. Otros cuadros integrados en o independientes del P.L.A. juegan un papel vigilante chung-kuo, o «imperio central». Con el antagonismo chino-soviético que vino a sustituir al antiguo entendimiento ideológico, nos encontramos ante una disputa de grandes potencias. Lógicamente, Pekín podría tratar de impedir un entendimiento ruso-americano ofreciendo su cooperación a otras potencias burguesas interesadas en el debilitamiento de esas superpotencias por razones propias.

Los que predicen una «diplomacia más flexible», bajo el nuevo mandato, basan su optimismo en la reelección del ministro de Asuntos Exteriores, Chen Yi, para ocupar un puesto dirigente en el Comité Central, y en informes en el sentido de que los embajadores de China (repatriados para dos años de reeducación en la Patria) pronto volverán a sus puestos en Asia, Europa y África. Eso habrá que verlo. Pero lo que parece desmentir todos los rumores de una probable política de distensión es su fundamental irreconciliabilidad con el pensamiento estratégico de Mao Tse-tung, sus irreprimibles deseos de apoyar a las fuerzas de liberación del Tercer Mundo y su convicción de que sólo una intransigencia semejante puede



Al margen de la disputa ideológica, el conflicto fronterizo chino-soviético sigue sin resolverse. La fotografía muestra un enclave chino en un punto de la frontera con la Unión Soviética.

servir «a los intereses chinos», al ganarse respeto y admiración en el mundo.

A pesar de esta contradicción China tiene muchas opciones abiertas y posibilidades de maniobra en el caso de que, por alguna razón, le interesase mantener relaciones, más o menos corteses, con sus vecinos o con lejanos estados burgueses. Creo, sin embargo, que a diferencia de lo que muchos piensan, Mao no sufre por el aislamiento en que el mundo ha dejado a China. Con la desescalada del conflicto del Vietnam y una importante campaña local para respaldarle, Mao no está dispuesto a hacer concesiones de principio para que su imagen revista mayor atractivo para el occidental.

Autosuficiencia china

En realidad, China es, en sí misma, un continente enorme y en gran medida, autosuficiente; el comercio exterior juega un papel mínimo en su economía comparado con el papel que juega en otras naciones como el Japón y la Gran Bretaña, y China dispone ya de «salidas» adecuadas a sus necesidades. En tercer lugar, la Revolución Cultural ha creado una atmósfera chinocéntrica semejante a la que había en la época de Chien Lung, en el siglo dieciocho. (Cuando el rey Jorge III envió una comisión comercial a Pekín, el Emperador la rechazó, arguyendo que «mi capital es el eje del universo», que «no hay nada que no pueda encontrarse dentro de sus fronteras», y «que no nos atraen las doctrinas heterodoxas».) Para Mao, China es el mundo.

Todo esto no quiere decir que Mao va a rechazar cualquier oportunidad de aumentar su prestigio o el de China, estrechando las relaciones con aquellas potencias que estén dispuestas a desobedecer tanto a los Estados Unidos como a la U.R.S.S. En los últimos días de la Revolución Cultural, Pekín pareció volver a querer utilizar su poder de maniobra, que durante tanto tiempo había estado dormido. Hizo la corte a Rumania, acusó a la Unión Soviética de invadir Checoslovaquia y firmó un importante acuerdo comercial, el primero desde hacía diez años, con ese arquetipo del revisionismo que es Yugoslavia. Propuso incluso reanudar las conversaciones chino-americanas en Varsovia, oferta harto significativa por más que fuese retirada provisionalmente.

Los gobiernos canadiense e italiano han llegado a una entente diplomática con Pekín, y Alemania

Federal les sigue los talones. Mao, Ling y Chu En-Lai considerarán todos estos intentos de acercamiento como maniobras típicas de la nueva administración Nixon, pero quizá vean también en ellos indicaciones de las contradicciones básicas entre los imperialistas en cuanto a la utilidad de China se refiere.

Formosa, obstáculo

Mao no aceptará ningún compromiso sobre Formosa. Pero si los aliados occidentales de Estados Unidos están dispuestos a abandonar a Chang Kai-Chek, a afirmar la soberanía de Pekín sobre Formosa y a reconocer a una sola China, las negociaciones podrían resultar fructíferas.

Si las cosas fuesen tan lejos, Japón se intranquilizaría. Para muchos japoneses el tratado que los identifica con Estados Unidos y su política de apoyo a la China nacionalista podría ser la causa de que el Japón «perdiese otra vez a la China». La cuestión es si Washington —con o sin conocimiento de Tokio— siente deseos de que los acontecimientos sigan el curso de que se hablaba más arriba en términos hipotéticos. Este deseo podría tener como objetivo preparar a la opinión pública americana para unas conversaciones chino-americanas más realistas. Para el Japón y los Estados Unidos una disolución del protectorado de Formosa sólo sería concebible después de solucionado el problema del Vietnam. China habría de participar en cualquier negociación internacional viable relacionada con aquel país. Unas negociaciones de este tipo contribuirían a airear las diferencias chino-americanas.

Se airearían las diferencias, pero, ¿se liquidarían de una vez para siempre? Todo esto parece muy improbable mientras Mao siga en el poder. Sólo el tiempo, el crecimiento del poderío chino y experiencias adversas para los americanos en el Sudeste asiático podrán persuadir a Washington, según Mao, a desistir de su empeño de dominar el mundo. Pero mientras viva Mao, declaró éste mismo en 1960, «La China no recurrirá a la fuerza para resolver sus diferencias con Estados Unidos». En 1965 me dijo que China no entraría en ninguna guerra con Estados Unidos por el Vietnam, a menos que fuese invadida directamente. Eso fue un año antes de que Chu En-Lai hiciese la primera declaración oficial en ese sentido.

Comparando el revisionismo soviético y el imperialismo americano

—particularmente desde que China dispone de la bomba «H»— Mao, seguramente considera a la Unión Soviética como una amenaza mucho mayor. Los americanos no son asiáticos y más tarde o más temprano tendrán que volver a casa como cree Mao. La Unión Soviética es harina de otro costal. Con las tropas soviéticas destacadas a lo largo de la frontera china (una frontera de ocho mil kilómetros de longitud) y controlando vastos territorios arrebatados a Pekín hace poco más de un siglo, el problema de la coexistencia pacífica a largo plazo parece más difícil. Mao puede jugar con todo esto por razones políticas internas.

¿Galanteo U.S.A. - U.R.S.S.?

China sospecha la existencia de motivos políticos detrás de los recientes acuerdos con empresarios japoneses, según los cuales, éstos participarían en proyectos de desarrollo industrial en la Siberia Oriental, donde quizá entre también en acción el capital americano. Si Brezhnev y Cia. eran «revisionistas» antes de la Revolución Cultural, el curso de los acontecimientos desde entonces les ha llevado a una política de coexistencia pacífica con el «imperialismo estadounidense» a algo que parece galanteo. Esta impresión quedó corroborada con la ayuda que prestó la marina soviética a los americanos en la localización de los restos de un avión de reconocimiento norteamericano derribado cerca de la costa norcoreana a mediados de abril y por el gratuito apoyo prestado por la prensa soviética a las protestas americanas en el sentido de que el avión no había violado territorio coreano. La versión soviética de las disputas fronterizas a lo largo del río Ussuri fue dada a conocer por los diplomáticos rusos ansiosos de la simpatía de Estados Unidos, Europa Occidental, el Japón y las Naciones Unidas.

Ciertamente, los soviéticos acogerían con desagrado —como bien sabe Pekín— cualquier noticia de una distensión chino-americana.

En cuanto a la entrada de China en la ONU, Mao no piensa aceptar ningún puesto en la Organización bajo la actual Carta. Aunque se expulsase a Formosa y aunque se anulase la resolución de la ONU por la que se condenó a China como agresora en Corea, ¿qué significaría, a estas alturas, dar a China, una nación de setecientos millones, un solo puesto en la Asamblea junto a Luxemburgo o Costa Rica? Mientras tanto, China no pierde nada continuando su doble política de apoyo a las guerras populares y de coexistencia pacífica —aprendiendo a tocar el piano con diez dedos, según frase del propio Mao—.

La puerta de China podrá abrirse un poquito más, pero por ahora no podrá oírse en Pekín la «Auld Lang Syne». Quizá haya una contradicción fundamental entre la prevalencia del Culto de Mao y la apertura de China a visitantes extranjeros que podrían ser de diferente opinión. El que tal contradicción se resuelva, tarde o temprano, depende tanto de la obstinación de los americanos cuanto de la vida de Mao que el presidente Mao «vaya a ver a Dios».

■ E. S.